

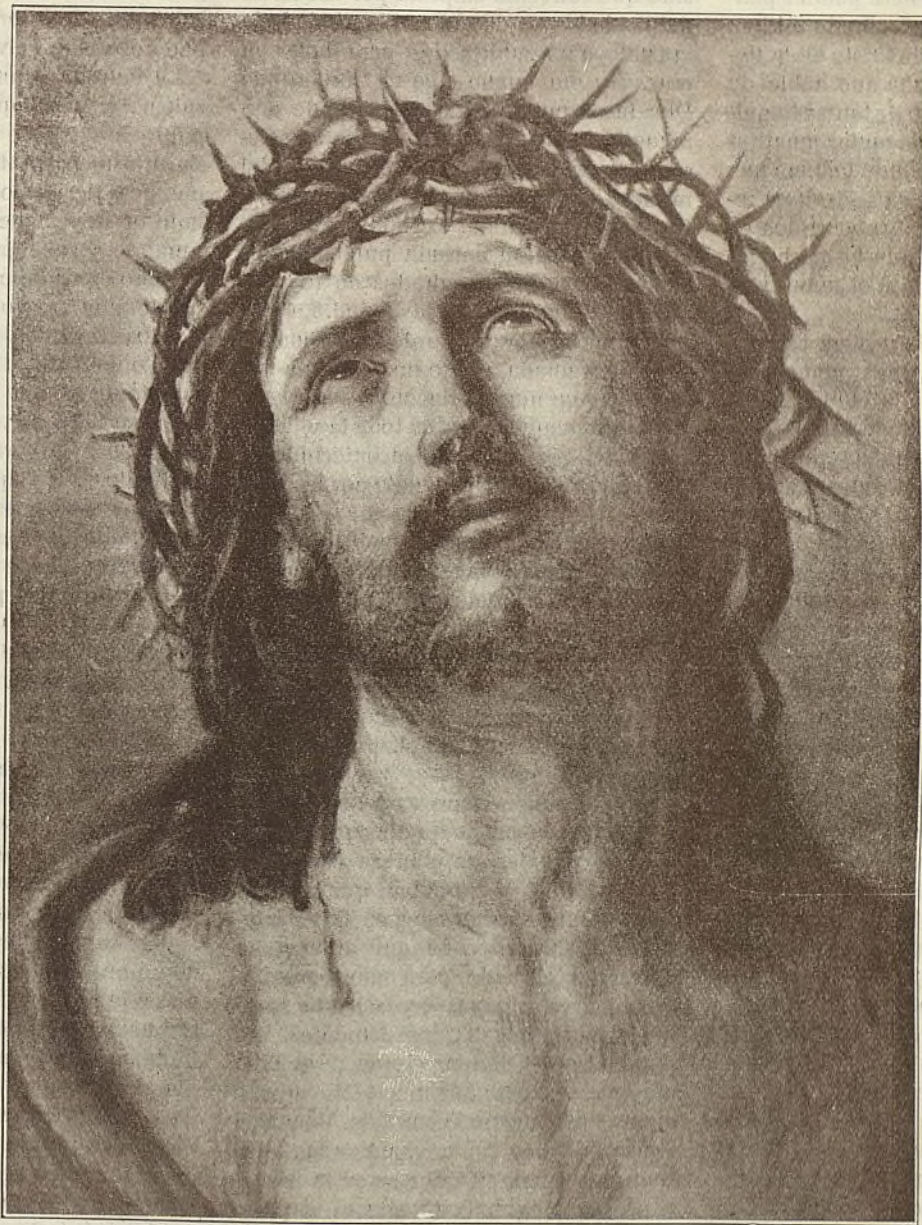
España Evangelica

Año XII.-Núm. 583.

Madrid, 2 de Abril de 1931.

Precio: 15 céntos.

¡ECCE HOMO!



(Cuadro de Guido Reni.)

Él, herido fué por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz sobre Él; y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino: mas Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros. (Isaías, LIII, 5 y 6.)



«¡HE AQUÍ, TU REY VIENE!»

JAMÁS hubiera podido pensar nadie, que la última semana de Cristo en la tierra, semana que había de ser testigo de tantas iniquidades y de tantas amarguras, empezara de la brillante manera que empezó. Los evangelistas rivalizan en referirnos los acontecimientos ocurridos en aquel día memorable, que ha pasado a la historia de la Iglesia con el nombre de *Domingo de Ramos*.

Jesús se acercaba a Jerusalem seguido de sus discípulos y de otras gentes que, como Él, marchaban a la ciudad santa con motivo de la proximidad de la Pascua. Al llegar a una pequeña aldea llamada Betfagé, comisionó a dos de aquéllos para que entraran en ella y le trajeran un asno que en determinado lugar encontrarían. Hecho como el Maestro les mandó, trajeron el asno, pusieron sobre él sus mantos, a guisa de albarda, y Jesús se sentó sobre ellos. Entonces la multitud, tendiendo sus mantos por el camino, cortando ramas de los árboles, que echaban por el suelo, y agitando hojas de palmeras, clamaban llenas de entusiasmo: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!» Semejante espectáculo conmovió hondamente a la ciudad de Jerusalem. Unos a otros preguntaban: «¿Quién es éste?» Y los que le acompañaban respondían: «Este es el profeta Jesús, de Nazareth de Galilea.»

Hay algo especialmente notable en este episodio de la vida de Cristo. Su relato recuerda el regreso de algún conquistador a su país. Una gran multitud le acompaña en procesión triunfal; las aclamaciones pueblan los aires; la ciudad se conmueve. Parece todo esto contrario al tono que caracterizó toda la vida anterior de Cristo, el cual huyó tanto del aplauso de los hombres, que en más de una ocasión, al curar a un enfermo, le dijo: «¡Mira, no lo digas a nadie!» Y, sin embargo, ello tiene su explicación.

Cristo sabía que el tiempo de su ministerio terreno llegaba a su fin; que se acercaba la hora en que había de ofrecerse en sacrificio expiatorio por el pecado; que llegaba el momento de morir por el hombre perdido por sus delitos. Y creyó que todo esto no debía ser hecho en secreto,

sino que convenía empezar por dar cierta publicidad a su entrada en la ciudad, de la cual ya no saldría sino para llevar su cruz. No era bueno que el Cordero de Dios fuese muerto en el Calvario de una manera silenciosa. Antes de que se ofreciera el gran sacrificio por el pecado del mundo, convenía que todos los ojos se fijaran en la víctima. Por todas estas razones Él hizo su entrada públicamente, atrayendo a Sí las miradas de todos y causando sensación en la ciudad. La sangre propiciatoria del Cordero de Dios iba a ser derramada, y esto no convenía que se hiciera en ningún rincón.

Seguramente no hay en toda la vida terrena del Salvador otro acontecimiento en que se viera tan aclamado por las multitudes como ésta. Y, sin embargo, aun en él, vemos la extremada pobreza a que Cristo se sometió mientras vivió aquí en la tierra. Ni señorial carroza, ni soberbio caballo, ni regio acompañamiento. Un pobre borriquillo fué su cabalgadura en tan solemne ocasión. ¡Y esto si que estuvo a tono con todo lo que fué la vida del que no tenía ni aun almohada donde recostar su cabeza!

Aquí tenemos, como en todo, una demostración de esa maravillosa unión de flaqueza y poder, de pobreza y riqueza, de humanidad y divinidad, que tan frecuentemente encontramos en la vida terrena del Salvador. El que alimentaba multitudes obrando para ello portentosos milagros, algunas veces sintió hambre; el que lanzaba los demonios, era tentado por el diablo; el que resucitaba muertos, se sujetó a la muerte. Lo mismo vemos en el suceso recordado. Vemos el poder de Cristo conmoviendo a las multitudes; y vemos su pobreza en la manera de su entrada. Todo esto es sorprendente, pero todo tiene su explicación: la unión hipostática de las dos naturalezas, divina y humana, en la Divina Persona de Cristo. No lo olvidemos nunca; porque si sólo mirásemos sus obras divinas, podríamos olvidar que Él era hombre; y si únicamente nos fijáramos en sus momentos de debilidad y de flaqueza, correríamos el peligro de olvidar que Él era Dios. Debemos ver siempre en Cristo la flaqueza humana y la potencia divina unidas en su Persona Divina. ¡Y cuán consolador es pensar: éste es nuestro Cristo, éste es

nuestro Salvador. Apto para simpatizar con nuestros dolores, porque es hombre; poderoso para salvarnos, porque es Dios!

La entrada triunfal de Cristo en Jerusalem era el cumplimiento, desde cierto punto de vista, de la antigua profecía de Zacarías: «¡Alégrate mucho, hija de Sión; da voces de júbilo, hija de Jerusalem: he aquí tu Rey viene a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno!»

¿Pero este júbilo será sólo para los hijos de Sión?... No; este júbilo es para todos los creyentes, para todos los que han sido objeto de la misericordia de Dios, para todos los que han reconocido a Cristo como su Salvador. A ellos también puede decirseles: «¡Alégrate mucho... Da voces de júbilo... He aquí, tu Rey viene a ti!»

¡Alégrense, pues, los despreciados y perseguidos por parte de los representantes del imperio de las tinieblas! ¡Alégrense los oprimidos por la conducta de los malvados, que afligen a diario su alma! ¡Alégrense los atribulados siervos del Señor, a causa de la creciente ola de indiferencia religiosa y de desprecio del Evangelio! ¡Alégrense los desengañados, que observan el fracaso de todos los gobiernos humanos! ¡Alégrense los trabajados y cargados, que buscan la salvación de su alma! ¡Sí, alégrense todos, unos y otros, porque he aquí que su Rey viene a morar en sus corazones!

«¡He aquí, tu Rey viene a ti!» La llegada de un rey a una ciudad es siempre motivo de júbilo. ¿Cómo no ha de serlo para el pueblo de Dios, la venida de su Rey? Cada uno tiene su rey. Las gentes del mundo tienen su rey: el rey de las tinieblas. Los romanistas tienen su rey: el Papa. Los impíos tienen su rey: el pecado. Estos reyes han venido oprimiendo y atacando a los hijos de Sión. ¡Pero he aquí que nuestro Rey viene! Nuestro legítimo Rey, que viene para coronar su obra. El Rey que ha adquirido su pueblo con el precio de su sangre. El Rey de reyes y Señor de señores, ante el cual llegará un día a doblarse toda rodilla. El Rey que viene justo y salvador, humilde y victorioso.

Ante el anuncio de su venida, de la venida de nuestro Rey, sea el saludo de nuestros corazones: «¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!»

FERNANDO CABRERA.



JESÚS UNGIDO EN BETANIA



OBRAS como la de María de Betania, al derramar sobre la cabeza y los pies de su amado Maestro el perfume de nardo líquido, de gran precio, no se producen de improviso, bajo la inspiración feliz de un momento propicio. Aunque parezcan, y lo son, espontáneas, implican una profunda preparación. María había venido preparándose para aquella «bella obra» desde las primeras visitas que Jesús había hecho a aquella apacible casa de Betania que, tal vez más que ninguna otra, fué un verdadero hogar para Él. Desde que María «escogió la buena parte», sentándose a los pies de Jesús para escuchar sus palabras, empezó a guardar, sin darse cuenta de ello, aquel precioso alabastro para el momento oportuno en que había de derramar su contenido sobre la cabeza del Maestro. Jesús apreciaba el amor y los servicios de Marta. «Amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro», a los tres. Pero, de ellos, ninguno le había comprendido como María y ninguno se había dado cuenta de que el Maestro no deseaba ninguna cosa tanto como encontrar almas deseosas de escucharle y de recibir sus enseñanzas.

Más tarde, al recibir devuelto del sepulcro al hermano a quien tanto había llorado, su amor a Cristo se hizo aún más profundo, y con su amor, la penetración que sólo el amor da, en los pensamientos y el carácter de Cristo. Y así, cuando seis días antes de la Pascua hicieron a Jesús un banquete en casa de Simón el leproso (probablemente uno que había sido sanado por Cristo y que estaba, tal vez, emparentado con la familia que conocemos en Betania), María sintió que había llegado el momento de dar salida y expresión a todo el amor que se le desbordaba del corazón hacia su Maestro, y realizó aquel acto admirable que, según el anuncio de Jesús, había de ser, como ha sido y lo está siendo, recordado en todo el mundo, dondequiera que este Evangelio es predicado.

Incomprensible nos parece ahora, a la luz de todo lo que sabemos y creemos acerca de nuestro bendito Salvador, que una acción tan hermosa fuera censurada. Judas inició la crítica, y el Evangelista Juan nos dice cuál era el verdadero motivo de sus palabras, pero se atrajo a la

mayor parte, por lo menos, de los demás Apóstoles, pues Mateo los incluye a todos en general en la desaprobación de aquel «desperdicio». No puede negarse que ellos amaban también a su Maestro, pero estaban muy lejos de poseer la sensibilidad y la penetración de María. Estaban tan ciegos por sus groseras ideas materiales, que calificaron de «desperdicio» el gasto de trescientos denarios (trescientos jornales de un obrero ordinario) en honra y servicio de Aquél que se había hecho pobre, siendo rico, por amor de nosotros, y que seis días después, iba a darse a sí mismo en sacrificio sobre el árbol de la cruz. ¡Cuán por bajo fué Cristo apreciado, aun por aquellos que más motivos tenían para conocerle y amarle! «Fué menospreciado, y no le estimamos.»

Hombres tan toscos y sencillos como los Apóstoles, tienen alguna disculpa, sin embargo, en su error. Judas había usado un argumento que parecía tener mucha fuerza. ¡Los pobres! Con tantos pobres como hay por esas calles hambrientos y mal vestidos, ¿no es una insensatez gastar trescientos denarios en un lujo, en un acto de puro sentimentalismo, que carecía de toda utilidad? Reconozcamos que, para hombres en contacto diario con la necesidad y la miseria, el razonamiento se presentaba incontestable. Es la más eficaz oposición que puede hacerse a una buena obra, presentarla en contradicción con otra que se considera mejor. Pero las obras buenas no son nunca contradictorias. María no habría olvidado a los pobres, de seguro, durante el tiempo que había guardado aquel precioso perfume reservado para su Maestro. Los pobres podían esperar mucho más de María que de Judas. Si hay pobres en el mundo, y hambre, y desnudez y necesidad, no es por falta de dinero, sino por falta de amor. Hay en el mundo dinero suficiente para remediar todas las miserias humanas, pero el amor anda muy escaso. Y cuando hay amor a Cristo, como el que María sentía y expresó, hay también caridad para con los hombres, porque el amor busca maneras de manifestarse y aprende del Maestro amado la lección de que «todo cuanto se hace a uno de sus hermanos pequeños, se le hace a Él».

Pero hombres como Judas, y aun como los Apóstoles eran entonces, no pueden

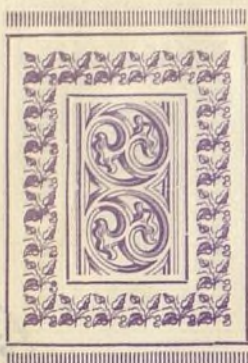
comprender acciones como las de María. Cuando vemos una acción que está por encima de nuestra capacidad de comprensión y de imitación, la tendencia natural humana es desaprobala, refugiándonos en nuestros criterios de bondad más vulgares y corrientes. Rehuimos el esfuerzo de pensar más alto y sentir más hondo de lo que acostumbramos.

Aun hoy un espíritu utilitarista es incapaz de comprender la obra de María y obras que puedan estar animadas por un espíritu semejante al que dió vida a aquella buena obra. Dice Ruskin que el impulso que lleva a los hombres a ofrecer a Dios cosas costosas, por el mismo hecho de que son costosas, es un impulso esencial a la religión. No merece sino admiración y alabanza, la fe y el amor con que los pueblos y las ciudades en tiempos pasados hacían sacrificios para levantar sus iglesias y catedrales, estimando, y con razón, que al culto de Dios debían dedicar lo mejor que tenían. ¿Quién considerará jamás como «desperdicio» el tiempo, el trabajo y el dinero invertidos en labrar las hermosas agujas de la catedral de Burgos? Generaciones y generaciones de hombres, pobres y ricos juntamente, han sido beneficiados, muchas veces sin ellos mismos darse cuenta, con la mera contemplación de aquellas maravillas.

Hay, por supuesto, una perversión y caricatura de aquel espíritu de sacrificios en actos tales como el de coronar imágenes, gastando millones de pesetas en objetos más fastuosos que realmente bellos; pero un sentido religioso, regularmente educado, distingue con facilidad entre lo genuino y lo falseado en estas manifestaciones de religiosidad.

Nosotros, los evangélicos, estamos bien prevenidos contra toda extravagancia y fastuosidad en nuestros lugares de culto. Pero tal vez corremos el peligro de caer en el extremo opuesto, y necesitamos el espíritu de María para ofrecer cosas que, sin ser «útiles», expresen nuestro amor al Señor, cuya presencia esperamos en el lugar donde nos reunimos en su nombre.

Otra forma de «desperdicio» que un criterio utilitario encontraría en la Iglesia de Cristo, es el sacrificio de dinero y de vidas en la obra de las misiones. Cuando pensamos de hombres como Henry Martín que, después de obtener los más altos



premios en la Universidad, marcha a la India, trabaja «entre gruñidos, burlas, maldiciones, blasfemias y amenazas» de paganos y mahometanos, y muere de peste, a los treinta y dos años, en una aldea de Turquía Asiática; o del capitán Gardiner, perdido y muerto de hambre en la Tierra del Fuego, a cuyos indígenas, que Darwin consideraba los más degradados de la especie humana, había llevado el Evangelio; o del obispo Hunington y sus compañeros, asesinados cuando iban a penetrar en su campo de trabajo, en Uganda; o de nuestro propio Raimundo Lulio, intentando una y otra, y otra vez, la sobrehumana empresa de anunciar a Cristo en los países mahometanos, sufriendo por ello golpes, prisiones y, por fin, la muerte, y de tantos otros como han sacrificado sus vidas, muchas veces sin aparente resultado, en la obra de las misiones, casi comprendemos que algunos digan: «¿A qué este desperdicio?»

Son estos derroches, y otros derroches semejantes, como el derroche que hizo María, los que purifican el ambiente de egoísmo, de codicia, de brutalidad y de materialismo en que los hombres acabarían por ahogarse, si no hubiera quienes aman lo bastante a Dios y a sus hermanos, para «desperdiciar» dinero, tiempo, trabajo y vida en mostrarles amor, el amor que es el único remedio para los peores males que la Humanidad sufre, porque es reflejo y resultado del amor con que Cristo nos amó y se dió a sí mismo por nosotros.

C. ARAUJO GARCÍA.

LA CRUZ DE CRISTO

Gloriosa Cruz de Cristo, que antes fuiste objeto de vergüenza y desventura, y hoy llenas de tu luz el alma triste sedienta de perdón y de ternura.

*En Ti triunfó el amor crucificado.
En Ti fué la verdad ennoblecida.
En Ti la santidad venció al pecado.
En Ti la muerte descubrió la vida.*

Por eso el hombre inclina reverente, a tu recuerdo, la orgullosa frente, y el alma busca en Ti, paz y consuelo.

*Tú, al mundo entero, por amor, abrazas.
Tú eres la santa escala, porque enlazas,
¡Cruz de Cristol, la tierra con el cielo.*

CLAUDIO GUTIÉRREZ MARÍN.

¡PIEDAD, SEÑOR!

(Paráfrasis del Salmo LI.)

1-2. *Piedad de mí, Dios mío,
según la magnitud de tus bondades:
Y este pecado impío
de mis iniquidades,
bórralo la amplitud de tus piedades.*

3. *Porque yo reconozco,
Señor, todas mis culpas noblemente:
Y asimismo conozco
que borrarás, clemente,
los estigmas impuros de mi frente.*

4. *A Ti sólo he pecado,
y en tu misma presencia he delinquido:
Pero — justificado
por tu palabra — has sido
Tú, al fin, el vencedor, y yo el vencido.*

5-6. *En la maldad mi padre
me engendró, y en el seno del pecado
me concibió mi madre:
Pero Tú, que has dictado
la verdad, tu saber me has revelado.*

7. *Rocieme el hisopo
de la virtud, y mi alma quede pura:
Tal, que del frágil copo
de nieve la blancura
competir no podría con su albur.*

8. *Dé gozo y alegría
tu palabra, Señor, a mis oídos:
Para que el alma mía
se asome a mis sentidos,
y se exalten mis huesos abatidos.*

9-10. *De mi rostro separa
tu vista, ¡oh Dios!, para que nunca vea
mis culpas en mi cara:
Limpio mi pecho sea,
y un espíritu recto en mi alma crea.*

11-12. *No me echés de tu lado,
Señor, ni me abandone airadamente
tu Espíritu Sagrado:
Goce yo sanamente
para que libre el alma se sustente.*

13. *Yo enseñaré al impío
los senderos del bien, para que advierta,
que sólo en Ti, Dios mío,
su salvación es cierta:
Y haré que a Ti su corazón convierta.*

14. *Con la salud del alma,
dame el perdón para el horrendo crimen
que me robó la calma:
Los labios que antes gimen,
cantando tu justicia se redimen.*

15. *Abre, Señor, mis labios
al amor, a la fe y a la esperanza:
Perdona mis agravios;
y llena de confianza,
publicará mi boca tu alabanza.*

16. *Tus altares, exhaustos
de ofrendas, sacrificios hoy en día
no admiten, ni holocaustos:
Si no, te los daría
gozosa y placentera el alma mía.*

17. *Mas, en tu templo augusto,
consagraré mi pecho atribulado:
Porque bien sé, Dios justo,
que nunca has rechazado
un corazón contrito y humillado.*

18. *Sé, para Sión, piadoso;
sé, pues Jerusalem se purifica,
para ella generoso:
Y el muro reedifica
del pueblo que tus fiestas santifica.*

19. *Y entonces holocaustos
aceptarás, y ofrendas, en memoria
de los días infaustos:
Y, en el de la victoria,
los sacrificios narrarán tu gloria.*

CARLOS MIRANDA.

LAS TINIEBLAS

*El claro sol sus rayos obscurece;
en el Templo se rompe el claro velo;
hiera una piedra en otra con gran duelo;
la tierra con angustia se estremece.*

*Desmaya el día; la tiniebla crece;
de tristeza se cubre el ancho cielo.
Reina en todos piedad y desconsuelo
por su Hacedor inmenso que padece.*

*Aprende, ¡oh pecador! el sentimiento
debido a esta pasión, pues es causado
tal dolor por tu ciego atrevimiento.*

*Ablanda con llorar tu pecho helado;
mira en la Cruz al Salvador sangriento
que te ha con su muerte libertado.*

G. DE CETINA.



«... VOSOTROS TAMBIÉN HAGÁIS»

FARISEOS y escribas, saduceos y potentados, esclavos y menestrales, en criminal camaradería, se conjuraron contra Jesús. Y Jesús fué muerto y profanada su persona y blasfemado su Nombre; y la iniquidad, triunfante entonces, tuvo al fin que ceder paso al impulso que, con modalidad suave y fuerte realidad, el espíritu y la doctrina del Maestro único tiene para transformar el Universo.

Y el mundo creyó en Él y fué salvo;

Y la Humanidad amó a Él y fué buena;

Y en Él esperó el hombre y se curó de su inquietud.

Al decurso de los tiempos fueron burladas las palabras del Cristo amante y amable, falseada su doctrina, corrompido su sistema salvador, negada la infalibilidad exclusiva del Divino Verbo, y su nombre no se acepta como el *único* en que podemos ser salvos, ni se admite que el justo por la fe vivirá, ni que *con un solo sacrificio* hiciera *para siempre salvos* a los santificados.

Inconscientes de que el Reino de Dios está dentro de nosotros, sin creer que este Reino Divino no es comida ni bebida, las almas no gozan de la paz y gozo en el Espíritu Santo: y, dejando la Fuente *única* de aguas vivas, que sacia la innata sed de espiritualidad, se embotan ingiriendo febrilmente las estancadas aguas de cisternas rotas, que rezuman por doquier, y cuya descomposición patente es originada por la influencia y acción de todo viento de doctrina y accidente de humana y perecedera terrenalidad.

Y el moderno fariseo da a los hombres su mentida fe.

Y el saduceo de nuestros días, como los antiguos, no teme la universal resurrección.

Y el escriba contemporáneo, como el de aquellos días, antepone su propia doctrina a la del mismo Dios.

Y el potentado fía, no en Dios, sino en sus riquezas.

Y gime el débil bajo la planta inicua del poderoso.

Y el menestral se esclaviza infatuado.

Y de la anómala y terrenal camaradería, que intereses terrenos asentaron en la tierra, haciendo que en la tierra esté extendida y arraigada, proceden guerras de

gentes contra gentes y de reinos contra reinos, sin que esto sea señal del inmediato fin del actual y universal estado de cosas.

La Palabra del Señor, con poderío y resonancia omnipotentes, vibra para que la sociedad desquiciada refrene su impulso desenfrenadamente impetuoso y dice:

No sabéis de qué espíritu sois hijos. Y mostrando al mundo, así aberrado, la Escritura Santa, el Evangelio de la gracia, como única y suficiente regla de fe, da esta promesa: Sobre esta doctrina y con arreglo a estas normas: He aquí yo hago nuevas todas las cosas.

El espíritu de indiferencia, generalizado en nuestra Patria, y el de incredulidad, que reina en todas partes, podrá tener estas palabras y conceptos como una de tantas teorías y reputarlos quizá por un utópico proyecto. Nosotros mantenemos, sin embargo, nuestra fe honda y entera en las doctrinas del Nazareno.

No es un Aristóteles teorizante, ni un Mahoma de sanguinario proselitismo, ni un Bonaparte nimbado de bélica fama, ni un Wilson de pericia renombrada en derecho internacional, ni Krishna Murti o Gandhi, que agitan los espíritus en las fervientes ansias de independencias nacionalistas.

Ni la fastuosidad del poderoso, ni la coacción del enriquecido, ni la violencia del excomulgante son divisa de su sistema... Porque todas estas cosas son signos manifiestos de inconsistencia de estado, de cobardía psíquica o de titubeo de doctrina, que favorece la exaltación bastarda.

Y se levanta retadora la fuerza bruta.

Y fascinante se yergue el lujo irritador.

Y se tiranizan despóticamente las conciencias...

Yo tengo el *Evangelio* como el *único gran tesoro de la gracia de mi Señor Jesucristo* y a *Él* como al *único Maestro infalible de la Humanidad*. Porque vino a servir, no a ser servido; porque su Reino no es de este mundo; porque, a los que no creen en sus palabras, los invita a creer en sus obras; porque nos declara a todos los hombres hermanos, hijos todos del mismo Padre, el Celestial, ante quien no hay acepción de persona y porque quiere que nuestros espíritus sean libres en la

verdad religiosa, que se encuentra escurriéndose las Escrituras, que nos dan testimonio de Él.

Son obras que tienen enorme fuerza de convicción sobre las palabras; son realidades que aplanan con su evidencia, como no pueden las meras teorías; son hechos históricamente reconocidos, admitidos y probados, más fehacientes que los históricos sistemas doctrinales.

Y cuando la Humanidad entera se desquicia y la fe flaquea y la doctrina del Maestro se olvida o adultera para cobijo de criminales ambiciones y de impúdicos autoritarismos, no encuentro otra causa de todo ello que el desconocimiento o desprecio de un hecho real obrado por Cristo, cuando todos en su contra estaban conjurados.

Él, el Maestro y Señor, fraternalmente se sienta a la mesa con los pobres obreros manuales, y la Santa Cena es ocasión efusiva de la sinceridad amorosa de la Verdad Increada.

Y concluida la Cena, lavó los pies... Él, el único Maestro y Señor, a los ignorantes pescadores, a los parias sociales, a los esclavos del trabajo.

Y hecho esto, legó a la Humanidad entera este mandato:

Ejemplo os he dado para que, como Yo os he hecho, vosotros también hagáis.

Doctrinarios sistemáticos, «vosotros también hagáis».

Incrédulos acomodaticios, «vosotros también hagáis».

Racionales con fe ciega, «vosotros también hagáis».

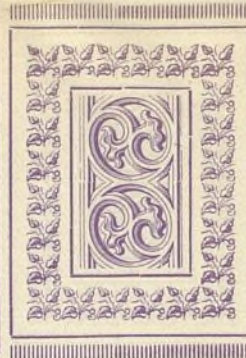
Capitalistas tiranos, «vosotros también hagáis».

Proletarios fascinados, «vosotros también hagáis».

Propagandistas religiosos, «vosotros también hagáis».

Busque la Humanidad entera el Reino de Dios y su Justicia; lo demás vendrá como y cuando menos lo aguarde. Cifre el mundo su sabiduría en Cristo y su Magisterio infalible; Él lo enseñará. Y en las supremas, santas y fervientes ansias de libertad miren a Cristo humilde y humillado, que es el Camino, la Vida y la Verdad. «Y la Verdad os hará libres»; «Vosotros también hagáis».

JOSÉ GARCÍA FERNÁNDEZ.



CRISTO LEVANTADO

DEBÍO ser un cuadro lamentable y sumamente patético, el que presentaba el pueblo de Israel, en su avance a Canaan, una mañana de Septiembre. Por doquier se oían desgarradores gritos fúnebres y alaridos de muerte, lanzados por bocas femeninas, y que la soledad del desierto repetía en ecos sin fin.

¿Qué sucedía? ¿Qué turba el ánimo de aquellos hombres? El pueblo había hablado contra Jehová... y al día siguiente de la murmuración, el campo había sido invadido por una terrible plaga de serpientes ardientes, que mordían a la multitud; picadura que producía una repugnante erupción en todo el cuerpo y una sed rabiosa, que les mataba entre tremendas convulsiones... Israel estaba amedrentado; los valientes se acobardan; los más fuertes desfallecen. En vano prueban medios diversos para atajar el curso de la dolencia; nada puede impedir aquella amenaza de muerte, que les persigue y acorrala, hasta que reconocen que habían pecado... y se vuelven a Jehová, confesando su rebelión, y el Señor, siempre benigno y perdonador, manda a Moisés que fabrique una serpiente de metal que, puesta en alto palo, en medio del campamento, todo mordido que mirare a ella sería salvo... y sucedió que todo el que miraba, vivía.

A este verídico hecho hace Jesús alusión en su conversación con el Príncipe Nicodemo, cuando afirma que, «como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo aquél que en Él creyere, no se pierda, sino que tenga vida eterna». Y pocos días antes de su crucifixión, dijo a sus discípulos: «Si Yo fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a Mí mismo». Palabras con las cuales Jesús quiso expresar su muerte ignominiosa en la cruz, muerte preciosa, ordenada de Dios, para que fuese la vida del mundo; ofrenda decretada desde la eternidad para que sirviera de expiación y propiciación por el pecado.

Cristo levantado sobre la cruz, es el hecho más notable e inaudito de la Historia; es el Centro alrededor del cual se acumula toda la moral y discusiones religiosas de la tierra; es el Sol, de quien la

Humanidad, arrepentida, recibe la luz del perdón y el calor de su amor eterno. Motor que mueve todo lo que hay de más noble, más digno, más santo en la tierra. Cristo levantado, es imán poderoso que atrae a las almas trabajadas por los remordimientos de la conciencia y agobiadas por el peso de la culpa y, sólo al pie de la cruz, se sienten perdonadas y salvadas.

Un campamento más numeroso que el israelita, compuesto de millones y millones de seres esparcidos por todo el orbe, gimen hoy, emponzoñados por el aguijón del pecado. ¡Pobre Humanidad, que se debate en ayes de ira y de odio! Las injusticias e iniquidades amenazan con invadirlo todo. En vano la insensatez del hombre pretende encontrar el remedio a estos dolores, en sus ideales filosóficos-sociales-económicos... mas en vano; «porque toda planta que mi Padre no plantó, será desarraigada, pues sólo si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres». Únicamente mirando al que fué traspasado, llegará aquella bendita edad en que «martillarán los hombres sus espadas para azadones y sus lanzas para hoces, y no alzarán espadas gente contra gente, ni más se ensayarán para la guerra».

La serpiente bronceada atrajo las miradas de los israelitas y puso los medios de curación al alcance de todos. Cristo, levantado en medio del dolor y de las burlas, siendo objeto de la maldición universal, atrae todavía hoy y pone la vida eterna al alcance de la Humanidad perdida. Jesús ha sido levantado en la cruz, y el que mirare a través de la fe, será salvo. Su muerte es nuestra vida, pues por su llaga fuimos curados. Es cierto que somos pecadores, pero Cristo murió por nosotros; cierto es que merecemos la condenación y la muerte, pero Jesús, con su sangre preciosa, nos limpia de todo pecado. He aquí las buenas nuevas de salvación para todos; para el judío como para el gentil, para el amigo como para el enemigo. La cruz es una realidad notabilísima y todos deben ir al Salvador por aquellas animadoras y consoladoras palabras: «El que a Mí viene, no le echo fuera».

Hasta qué punto se ha cumplido esta profecía, la Historia Eclesiástica puede decírnoslo; doquiera el Evangelio es pre-

dicado, hay almas que, atraídas por los llamamientos del amor divino, son salvadas y transformadas de gloria en gloria, como dice el Apóstol San Pablo.

Pero esta profecía del Maestro, cumplida en parte solamente, tendrá su cumplimiento perfecto, cuando llegue el día en que toda rodilla se doble ante el Cordero que fué inmolado y todo labio confiese que Él es el Señor para gloria del Padre; entonces, bajarase todo monte y collado, y los caminos torcidos serán enderezados, y los senderos ásperos, allanados, y verá toda carne la salvación de Dios. Cuando las feroces bestias inmorales serán amansadas, como dice Isaías.

Momentos actuales éstos, en que los negocios diarios son prolíficos en guerras, luchas de clases y opresiones que envenenan el ambiente social. Pero llegará un día en que todos serán atraídos por el amor de Cristo y, aunque lentamente, según nuestro pobre criterio de hombres finitos, Él está cambiando este estado de cosas, y lo transformará más y más, no por destrucción de estas fuerzas, sino cambiándolas en bien. Las guerras de entonces serán sólo contra el mal y las cruzadas, sólo contra el pecado. Jesús cambiará la innoble avaricia en filantropía; el instinto de venganza, en perdón; el diabólico odio, en amor. Cristo atraerá todos los hombres a Él.

Entretanto, la gestión de los que han sido atraídos por Jesús, y son sus siervos en la tierra, debe ser semejante a la de aquellos familiares de los israelitas, que gritaban a los heridos por las serpientes: «¡Mira a la serpiente! ¡Mira a Cristo! debe ser el clamor del cristiano a los que todavía no son salvos; confía en Jesús, acude a Él, recíbele en tu corazón... y si un vaso de agua fría, dado en su nombre, tiene recompensa, ¿cuánto más la tendrán aquellos que enseñan la justicia a la multitud y se esfuerzan en que todos los hombres sean atraídos por el insondable amor de Cristo?

MANUEL BOROBIA.

No hay más Dios que Yo; Dios justo y salvador: ninguno otro fuera de Mí. Mirad a Mí y sed salvos todos los términos de la tierra: porque Yo soy Dios y no hay más. *Isaías, XLV, 21 y 22.*



«DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS»

En la Iglesia Cristiana Antigua tenían la costumbre de que los creyentes, antes de ser admitidos a plena comunión, se sometieran, durante un período más o menos largo, a la instrucción en las doctrinas de la religión cristiana. Al llegar este catecumenado a su fin, les comunicaban el Símbolo, un resumen de las enseñanzas que habían recibido, y que los catecúmenos habían de pronunciar en público, como propia profesión de fe, poco antes de celebrarse el bautismo. Naturalmente, la enseñanza de los Apóstoles y Evangelistas era la misma en las diferentes congregaciones, salvo las naturales divergencias en la exposición, motivadas por las condiciones de carácter particulares de cada predicador; la autonomía de las varias Iglesias era completa, y sólo estaba condicionada por el amor fraternal.

Teniendo en cuenta estas circunstancias, no es extraño que conozcamos varias redacciones de los Símbolos de fe — Rufino de Aquileya, verbigracia, por el año 390, cita tres —, sino que realmente causa admiración que haya tanta concordancia en las principales afirmaciones que contienen.

La forma más antigua del Símbolo usado en la Iglesia Cristiana de Roma, por lo menos desde mediados del siglo III hasta los tiempos de Gregorio Magno (590-604), traducida del griego al castellano, es la siguiente: «Creo en Dios, Padre Todopoderoso; y en Cristo Jesús, su Hijo Unigénito, Señor nuestro, engendrado de Espíritu Santo y María, la Virgen, bajo Poncio Pilato crucificado y sepultado, que resucitó al tercer día de los muertos, subió a los Cielos, sentado a la diestra del Padre, de donde vendrá para juzgar a vivos y a muertos; y en Espíritu Santo, la Santa Iglesia, remisión de pecados, resurrección de la carne».

No podemos dedicarnos en esta ocasión a seguir paso a paso la historia del Símbolo, hasta que tomó la forma conocida actualmente con el nombre de «Apostólico», que es realmente obra de la Iglesia Galicana, adoptada en Roma por el peso que en los siglos VIII y IX ejerció sobre ella el imperio de los francos, y que en la actualidad no está reconocido oficialmen-

te por la Iglesia Griega, que a sí misma se llama ortodoxa.

Basta ver que en el Símbolo Niceno-Constantinopolitano, como también en la redacción más antigua del Apostólico, que conocemos, no se halla ni *Descendit ad inferna* ni *Descendit ad inferos* — estas dos versiones existen —, porque el «Descenso al Infierno» sólo quedó fijado y admitido en definitiva en el siglo VIII, aunque en algunos Símbolos, como en el *Quicumque*, llamado Atanasiano, del siglo V, y en el que conocemos por Rufino de Aquileya, del siglo IV, ya está incluido, y es innegable que Cirilo de Jerusalem, en sus catequesis del año 347-348, lo mismo que otros doctores de la Iglesia, tratan de este artículo.

Todo esto lo enseña la Historia de la Iglesia con claridad, sin que en ello haya duda alguna. Pero la cuestión va tomando un aspecto de mayor importancia, cuando preguntamos: «¿Qué es lo que estas palabras significan?».

La Iglesia Romana, con ese conocimiento particular y detallado que tiene de los lugares de ultratumba y sus alrededores, nos habla de limbos, purgatorio y gehena, y el Catecismo Romano, artículo 5.º, en resumen, viene a afirmar lo siguiente: mientras el Cuerpo de Cristo, unido a su Divinidad, descansaba en el sepulcro, su Alma, también unida a la Divinidad, descendió al Infierno, donde se hallaban las almas que aún no disfrutaban de la bienaventuranza, para rescatarlas del poder de los demonios y llevarlas al Cielo, cuyo rescate no se refiere a todos los difuntos sin distinción, sino a «los padres», o sea a los creyentes piadosos del Antiguo Testamento, que estaban allí (en el limbo de los padres) sujetos al poder del diablo por causa del pecado original.

La *Formula Concordiae*, o sea el resumen de la Teología luterana del siglo XVI, en su artículo 9.º dice, que toda la Persona, Dios y Hombre, descendió a los *infern*; después de la sepultura venció a Satanás, trastornó la potestad de los *infern*, y le arrebató al diablo toda fuerza y potencia. «Pero no es cosa de que con agudas y sublimes imaginaciones escrutemos de qué modo Cristo realizó esto; porque este artículo no puede comprenderse por la razón humana y los sentidos», etc.

El Catecismo de Heidelberg, número 44, explica que se dice: «descendió a los Infiernos: para que en mis extremados dolores y grandísimas tentaciones me asegure y con este consuelo me sostenga, que mi Señor Jesucristo, por medio de las inexplicables angustias, tormento, espantos y conturbaciones infernales de su alma, en los cuales fué sumido en toda su Pasión, más especialmente pendiente en la cruz, me ha librado de las ansias y tormentos del Infierno».

Los textos del Nuevo Testamento que se citan con referencia a este artículo son principalmente: Mateo, XXVII, 52 y 53; Lucas, XXIII, 42 y 43; Hechos, II, 27 y 31; Romanos, X, 7; Efesios, IV, 8-10; 1.ª Pedro, III, 18-20, y IV, 6.

Un estudio detenido de estos textos, en que no se pretenda añadir nada, sino comprender únicamente lo que en realidad dicen, nos mostrará dos cosas, a saber: que Cristo estuvo en el Reino de los Muertos, y, por otra parte, que Cristo triunfa de los Poderes del Mal. Lo primero significa que el descenso al Infierno es, para el Alma de Cristo, lo que la sepultura era para su Cuerpo, es decir, la consecuencia necesaria y completa de su defunción. La idea de que Cristo triunfa de los poderes infernales se encuentra generalizada en la Iglesia Antigua y en muchos textos del Nuevo Testamento, aunque no siempre, ni de modo absoluto, combinada con el *descensus ad inferos*.

Tal vez las siguientes consideraciones puedan ayudar un poco a los que encuentran cierta dificultad en comprender lo que aquel artículo del Símbolo quiere decir.

«Dios es espíritu; las palabras que Yo os he hablado son espíritu y son vida», dice nuestro Señor; y esto hay que tenerlo en cuenta al tratar de interpretar los textos de la Biblia. Las verdades espirituales no están ligadas a la cosmología antigua, ni al ideario copernicano, ni a las teorías de Kant-Laplace, pero tampoco a los conceptos vulgares de gente que suple los defectos de la ciencia con sobras de imaginación.

El Cielo, en Teología, no es la atmósfera ni el éter, y el reino del mal no está localizado en el Etna ni en el centro de la tierra. Las palabras «arriba» y «abajo», usadas en este sentido, son expresiones



simbólicas, como tantas otras, que empleamos para comunicarnos ideas que trascienden de las que usamos en la vida material y cotidiana.

El Cielo está allí donde está Dios. «Cielo», en Teología evangélica, significa la proximidad a Dios, no impedida por ninguna fuerza contraria. La vida del hombre está en obedecer a Dios; la negación de esta obediencia nos separa de Dios. Entonces el «Infierno» será la separación absoluta de Dios, la existencia en un estado opuesto por completo a lo que es vida espiritual en el sentido bíblico de la palabra.

Desde este punto de vista, el artículo de que tratamos adquiere una importancia muy grande para nuestra vida actual. Cristo, por su Pasión, Muerte y Resurrección, ha triunfado de los poderes opuestos a Dios, de tal manera, que penetra con sus fuerzas y energías vivificadoras en esa esfera de desobediencia, y así hace posible que el pecador se vuelva hacia Dios, en quien está la vida del alma, y esta vida en abundancia.

JORGE FLIEDNER.

~~~~~

### «Vexilla Regis Prodeunt».

*Salen del Rey las banderas;  
de la Cruz brilla el misterio,  
do el que es vida sufrió muerte,  
y nos dió vida muriendo.*

*Con la punta de la lanza  
del costado santo abierto,  
para lavar nuestras culpas,  
agua y sangre manó luego.*

*Cumplióse ello que fielmente  
cantó David en sus versos,  
al decir a las naciones:  
«Reina Dios desde el madero.»*

*Madero hermoso y brillante,  
de púrpura real cubierto,  
cortado de un tronco digno  
de tocar tan santos miembros.*

*Dichoso tú en cuyos brazos,  
balanza del Santo Cuerpo,  
se pesó el precio del mundo,  
y el botín perdió el infierno.*

*¡Oh Cristo, nuestra esperanza!,  
en estos días de duelo,  
la gracia aumenta a los fieles,  
las culpas borra a los reos.*

*Trinidad, fuente de vida,  
alámbente tierra y cielo;  
a los que das la victoria  
de la Cruz, añade el premio.*

## LA RESURRECCIÓN



PARA el Apóstol Pablo, la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo, no fué solamente una victoria sobre la muerte y la sepultura, la cual sería recordada en todos los tiempos, sino que veía y reconocía un nuevo hecho, un poder que se había operado y que había de ser transmitido a la Humanidad en todos los tiempos.

El poder divino en la mañana de la Pascua, había justificado la ley, el cuerpo de Cristo, abatido por el pecado del mundo, había conquistado la muerte, saliendo victorioso del sepulcro, pero esta conquista era de tal naturaleza, que cada persona, y en todo tiempo, podía tener la misma victoria por este mismo Jesús, que murió y resucitó por todos los hombres.

Son muchos que saben esto: que Cristo murió y resucitó por nosotros, y que un día seremos nosotros levantados. Viven como Maria, la hermana de Marta, que al hablar de su hermano Lázaro, exclama: «Yo sé que resucitará en el día postrero»; pero conviene no olvidar que Cristo no dice: «Yo seré», sino «Yo soy la Resurrección y la Vida.» De manera, que estando con Él, nuestra alma muerta por el pecado, resucita, recibimos la vida, vencemos ya ahora a la muerte.

La evidencia real de la Resurrección de Jesucristo, es el poder presente. El Evangelio de la Resurrección hace desaparecer el apego del pecado, y ya no morimos, sino que vivimos por medio de Aquél que venció la muerte.

El pensamiento de Grecia nunca conoció la profundidad y miseria del pecado. Las religiones orientales lo han sentido en cierto modo, y la consecuencia era la desesperación. El judaísmo lo sentía y proclamaba un evangelio de esperanza. Pero el Cristianismo triunfó de la muerte, consecuencia del pecado, y enseña el perdón.

En el nuevo poder sobre el pecado, aparecido por medio de la Muerte y Resurrección de Cristo, logramos la Resurrección, y los que han sido y son regenerados por Él, han resucitado ya de la muerte del pecado, y forman ya parte del linaje de Aquél que era conocido por Jesús de Nazaret.

Cuando Cristo mora en el corazón de

los redimidos, sus cuerpos y almas son templos de su persona y, como consecuencia, el Nuevo Testamento nos enseña que los misterios de su vida terrestre son reproducidos en el alma cristiana. De ahí que el mismo Apóstol Pablo pudiera exclamar con tanta seguridad: «No vivo yo, sino Cristo vive en mí».

Todo esto nos lleva a concentrar todos nuestros pensamientos en Cristo. Él es la fuente de una nueva vida, de un nuevo poder, y de un sentimiento interno, del alma, que nos hace tener un convencimiento cierto de que por la Resurrección de nuestro Señor Jesús, resucitarán nuestros cuerpos glorificados, pero que ya hemos resucitado con Él, y por Él vivimos y somos.

JOSÉ CAPÓ.

~~~~~

¡Aleluya, Aleluya, Aleluya!

*Finó el combate; y es el Señor
de infierno y muerte ya vencedor:
suenen, pues, himnos en su loor.*

¡Aleluya!

*Murió, y muriendo salvó a Israel;
vive, y da vida a su pueblo fiel:
y nuestra dicha sólo está en Él.*

¡Aleluya!

*Son sus heridas nuestra salud;
y confirmados por su virtud,
andar podemos en rectitud.*

¡Aleluya!

*Nuestro rescate pagado está,
franca la puerta del cielo es ya,
y Dios su gracia libre nos da.*

¡Aleluya!

*Suenen, pues, himnos en su loor,
y celebremos su inmenso amor:*

Cristo ha triunfado ¡Gloria al Señor!

¡Aleluya!

J. B. CABRERA.



CRÓNICA

La Semana Santa romana.

QUIERE el digno editor de ESPAÑA EVANGÉLICA que en este número, dedicado especialmente a la *Semana Santa*, la Crónica, que siempre es el registro y comentario rápido de la actualidad palpitante, se consagre a la nota más *actual*, que la dan las ceremonias y procesiones de la Semana Santa romana, y amablemente me ha dado el encargo de que sea yo, sin duda por mi condición de *ex cura*, quien acometa tal labor; pero, aunque por mi natural disposición a complacer las demandas que se me hacen, honrándome mucho en ello, en seguida me lanzo al *embolado*, pluma en ristre, tengo miedo de que no salga airoso en el empeño, porque van ya siendo muy lejanos los recuerdos de aquellos mis tiempos de cura (veintitrés años largos que dejé de serlo, gracias a Dios), y no es fácil que la memoria me sea fiel en todo detalle y menudencia ritualista de ese complicadísimo tinglado ceremonial romanista. En fin, allá van unas cuantas notas de lo que he visto y recuerdo, y bien sabe Dios que no diré lo que diga con ánimo de ridiculizar a nadie ni a nada, sino con el exclusivo deseo de que, para bien de la religión y de las almas sinceramente piadosas, se reformen costumbres extraviadas y se acabe con prácticas que no tienen nada de consonancia con la conmemoración de los augustos Misterios de la Redención.

Domingo de Ramos.

La nota de más visualidad es la bendición de las palmas, que no estaría mal del todo si no se prestase a abusos y supersticiones. Por ejemplo: pueblos hay, el que yo pastoreé como cura, entre ellos, donde, durante la misa (que es, por cierto, la más larga que hay en el *Misal romano*), las buenas gentes se entretienen, ya que nada pueden entender de todos aquellos interminables latines que el cura recita, en hacer cruces y figuritas con los palos de las ramas de laurel u olivo que les han tocado en suerte, y es curioso, si no fuera irreverente en demasía, ver convertido el templo en un taller de carpintería rústica. Por supuesto, todas esas cru-

ces y figuras de palo se clavan luego en las puertas de las casas, y ya quedan éstas aseguradas de incendios y de maleficios.

Miércoles Santo.

En este día comienzan las *Tinieblas*, que duran tres. Esta ceremonia, que quiere recordar, según rezan los libros rituales, la obscuridad y tumulto del Calvario en las horas de agonía y muerte del Divino Redentor, es, como todas en la Iglesia Romana, de singular contraste: mucha luz y alegría en el *Miserere* solemne, que se canta hasta por artistas de ópera, contratados como en Sevilla, y al final, en el otro *miserere*, que se recita por lo bajo, obscuridad absoluta y un ruido estrepitoso, capaz de excitar todos los nervios y estropear todos los tímpanos más sólidos. Recuerdo que en las primeras *Tinieblas* en que yo actué como cura de parroquia, fué tal el efecto horrisono que me produjo el ruido de *carracas*, de *cencerros* y bancos, que chocaban unos contra otros o golpeaban con piedras y hierros, y la impresión, al mismo tiempo, de aquella obscuridad completa que tanto se prestaba a inconveniencias de todo género, que, olvidándome de rituales y prescripciones ceremoniales, comencé a gritar a toda voz, entonces potente: ¡Silencio! ¡Basta de ruidos impertinentes! ¡Luz, luz! Pero ni oían los más, ni los pocos que podían oírme dejaban de escandalizarse de que el cura nuevo quisiera impedir el curso de *tinieblas* y de tumulto que, como decía el viejo sacristán, «es de ritual, señor cura». Es verdad, reconocía yo al fin: ¡es de ritual...!

Jueves Santo. Monumentos, procesiones, etc., etc.

¡Gran día para los devotos católicos! Tres jueves hay en el año que fiestas mayores son: Jueves Santo, Corpus Christi y el día de la Ascensión, que canta la copla... El *Monumento* quiere representar el sepulcro de Cristo; pero ¡vaya una de anacronismos y de absurdos contrastes! El altar, hecho una ascua de oro y de plata y de telas riquísimas y de luces incontables y de lujo inverosímil, y mezclado con todo esto telones que pintan a Jesús desnudo, desangrado, cadáver... y soldados, vestidos con la más abigarrada indu-

mentaria, y chiquillos, que ayudan al sacristán a recoger los *mocos de velas*, que luego se convierten en perras y pesetas, y... rateros que a río revuelto, en aquella incesante romería de hombres y mujeres ataviadas con joyas, que entran y salen para ganar las indulgencias de la *visita a los Sagrarios*, andan a caza de algún descuido...

Y vienen luego las famosas procesiones, con la larga fila de nazarenos de todos los colores, y los variados *pasos*, de mucha luz, de gran visualidad, de lujosa presentación en mantos bordados y coronas preciosas... pero de ninguna reverencia, de ninguna religiosidad. Encierra una muy interesante y profunda filosofía la contestación de un muchacho a quien preguntaba su madre: «¿Has visto la procesión, hijo?» «Sí, madre; he visto a los nazarenos, con sus largas colas de terciopelo y cingulos de hilo de oro; a Jesús, con la cruz a cuestas, que llevaba una cruz de concha y una túnica, bordada toda de oro y piedras preciosas, y a la Virgen, con su palio de plata y riquísimo manto cuajado de perlas, y con unas alhajas de gran valor, y a los curas, con capas y dalmáticas, también recamadas de oro y...» «¿Y viste a Dios, hijo mío?», interrogó luego la madre. Y el muchacho contestó con la mayor naturalidad del mundo: «Madre, ¡no reparé tanto!» Claro, con tanto brillo como había deslumbrado sus ojos y sentidos no podía el pobre chico reparar en Dios, que se complace en dejarse ver únicamente en la soledad, en el recogimiento, en la meditación silenciosa.

Viernes Santo. Más procesiones.

Desde muy de madrugada, hasta las últimas horas de la noche, procesiones y más procesiones. Verdaderamente que, si el cielo se ganase a fuerza de paseos y correrías, los devotos de Semana Santa tendrían ya por completo ganada la salvación y asegurado un buen sillón muy cerquita del Padre Eterno, y mejor aún aquellos infelices que se andan kilómetros y kilómetros con los pies descalzos y a trechos, de rodillas. Pero cuiden de que no les ocurra lo que al fraile del cuento, que, cuando se fué al cielo con todo el bagaje de penitencia y ayunos y mortificaciones corporales que se había impues-



to, y le dijeron que *aquello*, por sí sólo, de nada servía, exclamó, ingenuamente: «¡Qué lástima, si lo hubiera sabido!...»

En este día hay sermones y ceremonias, como la del encuentro del paso de Jesús y el de María en la *calle de la Amargura*; la del *descendimiento*, en que por medio de resortes bien combinados en las imágenes se van desprendiendo los pies y las manos, y finalmente, todo el cuerpo, de la cruz, y los truenos y relámpagos, que se simulan en el sermón de las Siete Palabras, etc., etc., que pone todo el sistema nervioso de los oyentes en alta tensión; tanto, tanto, que ¡ay!, a fuerza de lágrimas y de desmayos, quedan los corazones... secos e imposibles para sentir las verdaderas emociones de piedad y de dolor que sólo pueden experimentarse en la meditación serena y recogida de los infinitos dolores de Aquél, que muere por nuestro pecado.

Sábado Santo.

Aquí, la Iglesia Romana, en su ritual tan enrevesado, se ve en el más terrible apuro. Quiere dar salida a todas las ceremonias que ha inventado, y tan pronto viste a sus ministros de morado como de blanco, y hace repicar *a gloria* las campanas, estando en el sepulcro el difunto

cuerpo de Cristo, y canta el aleluya antes de tiempo. En fin, la cosa más rara del mundo, que volvería locos a curas y a fieles si les diese por pensar en serio en ceremonias tan contradictorias.

Bendito sea Dios una y mil veces, que nos ha sacado de las tinieblas a la luz, y que nos ha hecho conocer el único, legiti-

mo y provechoso modo de celebrar la Semana Santa en religiosas conmemoraciones de los inefables misterios de la Pasión y Muerte adorables de nuestro dulce Redentor, que nos valen la vida y el eterno gozo.

A Él solo sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

AGUSTÍN ARENALES.

Jueves y Viernes Santos y Domingo de Pascua, en las Iglesias Evangélicas de Madrid.

Iglesia de Chamberí.

Trafalgar.

JUEVES SANTO

Ocho de la noche: *La Crucifixión*.

VIERNES SANTO

Ocho de la noche: *Las Siete Palabras*.

DOMINGO DE PASCUA

Once de la mañana: *La Resurrección de Cristo*.

Ocho de la noche: *La Resurrección*.

Iglesia del Salvador.

Noviciado.

JUEVES SANTO

Ocho de la noche, culto de Pasión.

VIERNES SANTO

Once de la mañana, culto y sermón sobre *Las Siete Palabras*.

DOMINGO DE PASCUA

Once de la mañana, culto de Resurrección. Ocho de la noche, culto de Comunión.

Iglesia de Jesús.

Calatrava.

JUEVES SANTO

Culto y sermón, a las ocho de la noche: *El sublime ejemplo y el divino mandato*.

VIERNES SANTO

Culto y sermón, a las once de la mañana: *El misterio de la Cruz*.

Culto y sermón, a las ocho de la noche *Las Siete Palabras*.

SÁBADO SANTO

Culto de preparación para la Santa Cena, a las ocho de la noche: *Nuestra confesión y el perdón en Cristo*.

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Culto con sermón, a las once: *El triunfo de Cristo garantiza nuestra victoria*. Se celebrarán a continuación los dos sacramentos, el del Bautismo y el de la Comunión.

En estos cultos el coro de la Iglesia interpretará escogidos trozos de música sagrada.

Iglesia del Redentor.

Beneficencia.

JUEVES SANTO

Seis de la tarde, culto de Comunión, predicando el pastor de la Iglesia.

VIERNES SANTO

Once de la mañana, predicará D. Adolfo Araujo, sobre *Las Siete Palabras*.

Seis de la tarde, predicará el Rdo. Cabrera, sobre el tema *Stabat Mater*.

DOMINGO DE PASCUA

Once de la mañana, predicará el pastor Cabrera.

Seis de la tarde, predicará D. Antonio P. Ribeiro, de la Iglesia Lusitana.

ESPAÑA EVANGÉLICA

SEMANARIO PROTESTANTE

Precios de suscripción.

| | |
|-------------------------------------|-----------------|
| España y Portugal: Un año | 8 pesetas. |
| Seis meses | 4 » |
| Extranjero: Un año | 15 » |
| » Seis meses | 8 » |
| América: Un año | 1,50 dólar oro. |
| » Seis meses | 0,75 » |

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.

Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero o 1.º de Julio.

Suscripciones por paquetes:

Paquetes de 10 a 50 ejemplares:

| | | |
|---------------------|--------------------------|--------------|
| España. | Por ejemplar al año. . . | 6 pesetas. |
| Extranjero. | » | 12 » |
| América. | » | 1 dólar oro. |

Paquetes de 51 ejemplares en adelante:

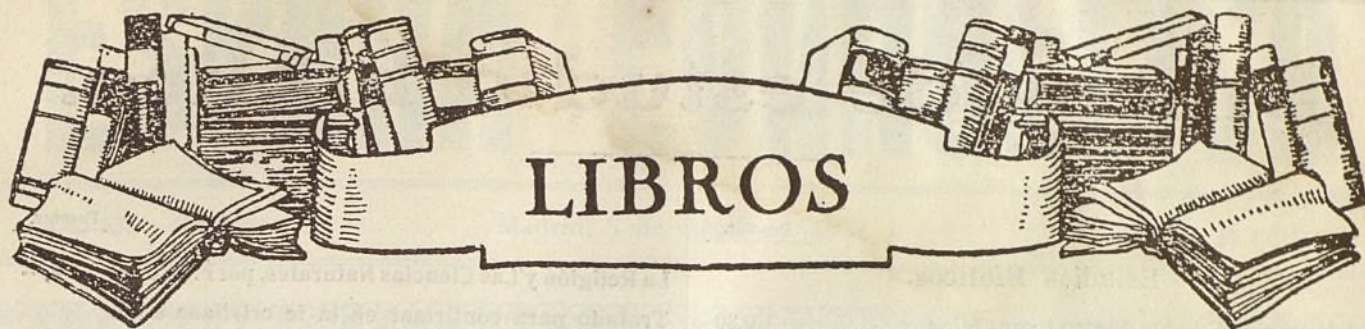
| | | |
|-----------------|---------------------------|------------|
| España. | Por ejemplar al año . . . | 5 pesetas. |
|-----------------|---------------------------|------------|

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID (4)

TELÉFONO 33.590





LIBROS

Pesetas.

Completa Concordancia española de las Sagradas Escrituras, por William H. Sloan, misionero evangélico en Méjico. — Segunda edición. Una obra utilísima para todos los estudiantes de la Biblia, que ocupa un lugar semejante al de la famosa Concordancia de Cruden en inglés. Más de mil páginas a tres columnas. Sociedad Americana de Tratados. Nueva York. En tela. 30,75

Diccionario de la Santa Biblia, por W. W. Rand. — Con numerosos grabados, mapas y tablas. 768 páginas. En tela 20,—

Concordancia greco-española del Nuevo Testamento, compilada por Hugo M. Petter. — Una completa enumeración de todos los casos en que se usa cada vocablo griego del Nuevo Testamento, con indicación de las diferentes formas en que se traduce en la versión de Cipriano de Valera. 595 páginas a dos columnas.
En tela. 30,75
Lomo y conteras morocco. 40,75

Libros de la Biblia (Los). — Antiguo Testamento, por J. Angus y S. G. Green. Quiénes fueron los autores de los libros del Antiguo Testamento, en qué ambiente vivieron, qué valor tuvo su mensaje para su tiempo y para todos los tiempos. 296 páginas.
En rústica 5,—
En tela. 7,—

La Vida de Cristo, por W. B. Hill, D. D. — El autor señaló como principal propósito de su obra responder a estas dos importantísimas preguntas: ¿Qué trató de realizar Cristo? ¿Qué fué lo que Él declaró ser? 436 páginas.
En tela. 7,—

Evidencias cristianas, por C. A. Row, D. D. — Un manual de Apologética, en que se estudian las pruebas morales y la atestación milagrosa del Cristianismo, tomando como centro la persona de Cristo. 167 páginas, 4.º menor 8,—

Pesetas.

Exposición de la Epístola de San Pablo a los romanos, por el Obispo Moule. — Uno de los más eruditos y profundamente espirituales comentaristas de nuestros días. 364 páginas. En tela . . . 11,—

Estudios filipenses, lecciones de fe y amor de la Epístola de San Pablo a los filipenses, por el mismo autor. 135 páginas. En tela. 6,—

Estudios colosenses, lecturas expositivas sobre la Epístola a los colosenses. 155 páginas. En tela. . . 7,—

Bosquejos de doctrina cristiana, por el mismo autor. — Un excelente manual de Teología evangélica. 247 páginas. 6,—

Comentario del Nuevo Testamento, por Luis Bonnet y Alfredo Schroeder. — Traducido del francés. Un comentario moderno, en el cual se han aprovechado todos los adelantos de la crítica, con un espíritu abierto y reverente. Se han publicado los dos tomos siguientes.
I. «Evangelios sinópticos». En tela . . . 12,—
III. «Epístolas de San Pablo». 12,—

Los hechos reales de la vida en su relación con la fe, por P. Carnegie Simpson. — Afronta y resuelve valerosamente las dificultades más grandes que la vida real opone a la fe cristiana. 162 páginas 3,—

Secretos de una vida hermosa, por J. R. Miller. — Libro cuajado de lecciones útiles y estimulantes, para cuantos desean realizar el ideal cristiano de la vida. 216 páginas.
En rústica 5,—

La fe: Las diferencias esenciales entre el Catolicismo Romano y el Protestantismo, por D. W. Fisher, D. D. — Obra de un autor erudito e imparcial, siempre dispuesto a conceder al adversario todo lo que sea justo concederle a la vez que expone claramente los errores del Catolicismo Romano. 280, más XIX páginas.
En tela. 5,—

Pueden adquirirse de la
Sociedad de Publicaciones Religiosas,
Calle de la Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID

Libros de estudio bíblico.

| | Pesetas. |
|---|----------|
| Estudios Bíblicos. | |
| Autenticidad de los cuatro Evangelios | 0,30 |
| Biografía completa de la Bienaventurada Virgen María, sacada literalmente de las Sagradas Escrituras. | 0,20 |
| Creo en el perdón de los pecados. Y la regeneración o el nuevo nacimiento | 0,35 |
| Creo en la remisión de los pecados, traducido del inglés, por M. A. L. | 0,25 |
| Los cuatro principales Apóstoles, por F. Godet. | 0,75 |
| Estudios críticos y aclaratorios sobre la Santa Escritura, fundados en la versión moderna, por H. B. Pratt. Tomo I, <i>El Génesis</i> | 6,— |
| El Evangelio, según San Mateo, declarado por Juan de Valdés | 10,— |
| De la existencia y del carácter de Dios | 0,60 |
| La explicación de la doctrina de la imputación, según la Escritura | 0,20 |
| La Familia Sagrada | 0,50 |
| El gran dilema: Cristo se da testimonio a sí mismo o se acusa a sí mismo, por Enrique B. Otley | 1,— |
| Introducción al estudio de la Biblia, por el doctor W. Boyd Carpenter | 2,80 |
| Jesucristo y su Obra, por F. Godet. | 1,— |
| María, la madre de Jesús, por Carlos von Hase | 0,50 |
| El Padrenuestro: Como fórmula de Religión y Moral, por Pedro Sala y Villaret | 0,50 |
| El Primer Capítulo del Génesis, capítulos sueltos. | 0,10 |
| Obras de Edificación. | |
| Confesión de Fe | 0,25 |
| Consideraciones sobre la Enfermedad y la Muerte, por Cipriano Tornos. | 0,50 |
| Conversaciones populares sobre El Libro de los Libros. | 0,50 |
| La Cruz de Cristo. | 0,40 |
| Discursos de Naville sobre Cristo. Folletos sueltos. | 0,10 |
| Epístola Consolatoria, por Juan Pérez | 0,75 |
| El Escrito en la Pared, por Th. Godfrey Jack | 4,— |
| El Libro Vivo. Discurso de C. H. Spurgeon | 0,25 |
| ¿Por qué creo en la Biblia?, por P. S. V. | 0,40 |

| | Pesetas. |
|--|----------|
| La Religión y Las Ciencias Naturales, por F. Bettex. | 4,— |
| Tratado para confirmar en la fe cristiana a los cautivos de Berbería, compuesto por Cipriano de Valera y por él publicado el año 1594. | 2,— |
| Tratados de Controversia. | |
| La abolición del Latín, por D. P. S. y V. | 0,30 |
| Contestación a El Protestantismo de Segur y Tejado, por Cipriano Tornos. | 0,50 |
| Carta abierta dirigida al Sr. Dr. D. José Vereá Bejerano, Pbro., por Miguel Barroso | 0,20 |
| Carta de la Duquesa de Broglie a Augusto von Schlegel (hija de Madame Stael) | 0,20 |
| El Cristianismo de Cristo y el Cristianismo del Papa, por J. Frohschammer | 0,50 |
| ¿Cuál es la Biblia Verdadera? ¿La Romana o la Protestante? | 0,25 |
| Las enseñanzas romanas y la Palabra de Dios. | 0,50 |
| El espiritismo a la luz del Evangelio | 0,50 |
| Fe e incredulidad. | 0,25 |
| La leyenda de los veinticinco años de papado de San Pedro ante la Historia y la Tradición, por Manuel Carrasco. | 0,50 |
| Manual de controversia. | 0,10 |
| Manual de controversia o refutación del credo del Papa Pío IV | 1,— |
| La Mariolatría, por Pablo Besson | 0,20 |
| Noches con los romanistas. Lecciones sueltas | 0,10 |
| El Poder detrás del Papa o Nuestra Señora de Lourdes y los cuatro Evangelios | 0,60 |
| El Primado de San Pedro y el Papa, por Frohschammer | 0,50 |
| El protestantismo en España. ¿Qué son los protestantes?, por D. Manrique Alonso y Lallave | 0,50 |
| El protestantismo vindicado, por D. Manuel Mayorga | 0,75 |
| ¿Qué es la Iglesia?, por el Obispo J. C. Ryle. | 0,25 |
| Racionalismo. | 0,10 |
| La Religión y la Ciencia | 0,40 |
| ¿Sabéis lo que es un verdadero cristiano?, por L. F. Galland | 0,40 |
| ¿Sabéis lo que es un verdadero protestante?. | 0,40 |

Librería Nacional y Extranjera, calle del Caballero de Gracia, núm. 60, Madrid (central).

